



RECUERDOS DE UN VIAJE

.....

ESTAS páginas no son más que una agrupación más ó menos ordenada de mis impresiones de viaje, escritas en márgenes de cartas y girones de papeles perdidos y encontrados entre los rotos de mis bolsillos. No he querido variar en nada su estilo y su forma, de esta manera á falta de otros méritos, tal vez encontréis en ellas ese sabor salvaje á veces de la naturaleza que las ha inspirado, ó el estridente ruido metálico de la sierpe de vapor que desliza sus anillos de hierro por entre abismos y montañas.

Ya lo sabéis pues: su estilo ora es incier-

to y débil como débil y borrosa es la letra en que están escritas al vaivén de los trenes, ora vago y monótono, como vaga es la línea en que se confunden mar y cielo y monótono el eterno batir del oceano entre las rocas de sus playas, ora triste y melancólico como la luz de la luna en los pinares de las montañas.

Encontraréis en ellas tal vez un subjetivismo que os fastidie, perdonadme mi falta, están escritas como las sentí, y ¡yo sentía entonces tanto!

I

Había pasado aquel verano en una pequeña ciudad enclavada al otro lado de los Pirineos en el más pintoresco de sus valles.

Era el 24 de Septiembre. Aquella misma tarde, debía yo salir acompañando á mi padre; y cosa extraña, los encantos de un viaje no habian bastado más que á sumirme en una profunda melancolía que yo no

acertaba á explicarme. ¿Sería que iba á abandonar el cielo que había alumbrado tal vez los días más tranquilos de mi vida?

Por la mañana corrí furtivamente á la casa de campo de Saintange, iba á dar un último adiós á aquellos sitios tan queridos que representaban para mí la cuna de mi alma. Mme. D... me abrazó como á un hijo; ¡qué señora tan buena! me parecía ver en ella á mi Abuelita que está en el cielo... y Elisa, mi hermana del alma, cuántas cosas le hubiera dicho y no le dije nada, porque las palabras se agolpaban á mi boca y me anudaban la garganta. Pero no importa, ella debió leer en mis ojos como yo leí en los suyos, esas confidencias del alma que no pueden decirse con palabras, por que las palabras son para la materia y la materia las profana. ¡Pobre Elisa! era una de esas almas que pasan por la tierra como las golondrinas por el lago, rozando apenas en la superficie las alas de su inocencia; yo era entonces como ella me decía, un niño que parece un hombre, y sin embargo ya me había lanzado al mar de la vida y había ya sufrido todo el rigor de sus tormentas; mi alma estaba destrozada cuando conocí á

Elisa y ella fué curando sus girones con el bálsamo de una amistad purísima.

Elisa me ocultaba sin embargo un secreto que debía ser algo importantísimo en la historia de su vida; ¡cuántas veces la ví alzar sus ojos al cielo y abismar su alma en la inmensidad azul! entonces las lágrimas resbalaban por sus mejillas cayendo en benéfica lluvia sobre su alma, como el rocío de la noche caía sobre las corolas de sus flores, y yo la preguntaba jugueteando si estaba enamorada de una estrella. Pobre Elisa, ella me contestaba con una sonrisa de ángel que encerraba todo el dolor de su existencia: estaba enamorada de lo imposible. Yo amaba también entonces con toda la fuerza de mi primer amor; Elisa era la depositaria de mis penas y ella me había hecho el confidente de sus lágrimas, tal vez me encontraba ella en mi sencillez de niño más digno de penetrar los misterios de su alma y me llamaba su pequeño hermano, y me hacía ver sin conocerlo los tesoros de sensibilidad y candor que ella encerraba, y yo nacía como por encanto á un mundo más tranquilo y sereno al calor de aquella amistad purísima de dos almas.

¡Qué triste fué el partir! Yo recuerdo que le enseñé una medalla de mi madre que llevo siempre conmigo y la besó. — Ten fe en ella Elisa, y serás feliz — le dije balbuceando como un niño su hermosa lengua, — y dos lágrimas rodaban por sus mejillas y estrechaba mi mano convulsamente, y yo dejaba un recuerdo en cada árbol del parque y una lágrima en cada flor, y aquellos árboles y aquellas flores tenían para mí un aspecto fúnebre como si hubieran de dar sombra á mi alma, que se quedaba allí hecha pedazos como encerrada en una tumba.

A cada árbol que pasaba yo volvía la cabeza atrás como un niño; yo me encaramé sobre el pretil del puente para verla una vez más. ¡Qué hermoso grupo! La abuela que no siente el peso de los años y la nieta abrumada por el peso de su juventud, y yo miraba con toda la fuerza de mis ojos, pero la verja se cerró pronto tras ellas, que desaparecieron entre los álamos de la avenida.

Llegó la hora y hubo que marchar.

Mi pequeña hermana Teresina nos había hecho á mi Padre y á mí una despedida llena de besos y caricias, y mi Madre y Pilar

nos dieron el último abrazo, tristes y silenciosas al pensar que iban á quedar solas en un suelo extranjero; sólo mis dos hermanos Paco y José María, parecían poco afectados por nuestra partida.— Yo siento mucho que te marches — me decía José, — pero lo disimulo, — ya se ve, como que yo era el censor de sus travesuras en calidad de superior inmediato, mi marcha significaba para ellos poder ir á pescar las tencas cuando les pluguiera, saltando de peña en peña por la orilla del río, escaparse al gimnasio á colgarse por las cuerdas y los trapecios, rendir galopando á la yegüecita del Hotel y ponerse de cabeza en todos los peligros que encontraban á su paso y en los que buscaban con afán.

Yo me despedí dos ó tres veces de la familia de los Sres. de A... nuestros bondadosos compañeros de expedición y de Manolita, el ángel de la casa. La familia de Mr. D..., Mme. C..., Pilar y Conchita L..., Pierre y Joseph mis compañeros de colegio y amigos de la infancia, Mr. S..., un señor con toda la galantería de un buen francés y toda la gracia chispeante de un andaluz, que parece haber nacido en broma y sigue

viviendo de la misma manera; todos nos colmaron al despedirnos de las más delicadas atenciones como nos habían favorecido á nuestra llegada con la más generosa hospitalidad. ¡Qué buenos amigos! nobleza, lealtad, desinterés, franqueza casi española, todo cuanto se puede encontrar de excelente en el carácter del buen francés. Por eso yo encontraba siempre un plazo que dar á mis despedidas, como si retardando mi adiós hubiera de prolongar la estancia al lado de aquellos seres queridos que me rodeaban.

Eran las cuatro de la tarde cuando volví á atravesar el camino de Saintange, pero esta vez fué con la velocidad del tren que me arrastraba lejos, muy lejos, de mi madre y de mis hermanos, de Elisa y de aquel cielo tranquilo de mi felicidad; yo permanecí largo rato como enclavado en la ventanilla contemplando medio oculto entre los árboles del parque aquel nido de mi alma, y bien pronto Saintange y los árboles no fueron más que una masa oscura allá en lo más lejano del horizonte. Yo miraba embriagado por los recuerdos aquellos dos árboles del vecino monte, donde tantas veces había subido con mi herma-

na, el bosque de castaños, donde hacíamos ramilletes y guirnaldas de flores del campo, rodeándolas de musgo y helechos, y la pradera donde corríamos como chicuelos tras las mariposas. Yo sentí lo que siente un niño cuando se despide de algo querido para él, al descubrir desde la ventanilla la espadaña de la pequeña iglesia de Precilhon, donde tantas veces había ido á murmurar plegarias mías á los pies de una celestial imagen de mi santa Madre que las aldeanas cubrían de flores en las vísperas de fiesta. Y recordaba los pasados días de mi dicha con lágrimas en los ojos, y en el alma un no sé qué placentero como el recuerdo de la felicidad, frío como los besos de un adiós eterno.

¡Cuántas mañanas salía de mi casa y me iba solo por los pintorescos caminos, bordeados de sauces y zarzamoras, que se deslizan entre praderas y caseríos! Yo preguntaba los nombres de éstos á las aldeanas que con un cesto en la cabeza y los zuecos en la mano se dirigían al mercado de la ciudad, y ellas me contestaban en un patuá que apenas entendía. Entonces yo seguía mi camino cogiendo flores y mari-

posas verdes (1) que colocaba en mi cartera, y ellas se alejaban entonando los aires favoritos de sus montañas. Algunas veces encontraba oculta entre castaños como un nido de tórtolas la capilla de algún caserío, y yo me descubría y entraba á recorrer el pequeño jardín que las rodea, que es el jardín de los muertos, y cortaba algunas flores de sus tumbas y aprendía sus nombres de memoria, como si aquellos huesos que ocultaban las flores fueran para mí una familia de amigos. ¡Qué feliz era yo entonces, aunque en mi casa me llamaban loco! Yo no acariciaba más que una ilusión que estaba cierto de realizar: me había enamorado de la muerte, y aspiraba con placer los efluvios del cementerio y los perfumes de sus flores; escuchaba con arrobamiento la campana de la capilla y los acentos severos y melancólicos de los salmos, y aquellos efluvios y aquellos acentos despertaban en mi alma un no sé qué seductor y frío como el vértigo, sublime como la aspiración eterna de la inmortalidad.

(1) Pequeños neurópteros, de alas de un hermoso verde á irisado. Llámánlos en el país *demoiselles*, (señoritas) y abundan en las orillas de los arroyos.

¡Qué triste era el despertar de estos sueños de niño!

Ebrio de sentimiento marchaba entonces con paso vacilante y recorría maquinalmente el camino de vuelta. A veces me perdía y marchaba distraído al través de los campos sin rumbo ni sendero, y al darme cuenta tenía que deshacer lo andado ó me encontraba con algún riachuelo que me obligaba á descalzarme para salvar su curso; entonces hundía mis pies en la corriente con el placer de un rapazuelo que se moja, y me entretenía en enturbiar el agua y alargaba el momento de pisar la orilla, y al pisarla me sentaba sobre la yerba hasta que se enjugaban mis plantas entre el césped y los helechos.

.....
.....
Adiós rios y praderas, lindas aldeas y bordeados caminos, testigos mudos de mi felicidad que pasa fugaz como pasáis vosotros, y se aleja veloz como me alejo yo, todo en el mundo cambia, ¿quién sabe? tal vez mi alma que ha libado en vosotros el néctar de la dicha, tenga que apurar mañana hasta las heces, la copa del dolor. Si,

todo en el mundo cambia, solo es eterno el infortunio, y mi alma destrozada en las tormentas de la vida, no encontrará ya en vosotros el talismán de paz y de ventura, pero vosotros seguiréis siempre delizándoos con el mismo plácido murmullo, y os vestiréis todas las primaveras de las mismas flores, y la campana sonará con el mismo tañido todas las fiestas de la Virgen, y solo, solo en el cementerio de la aldea, se abrirá todos los años alguna nueva tumba.

II

Aquella noche del 24 de Septiembre la pasé en Pau; una circunstancia especial me obligó á permanecer allí unas horas mientras mi padre continuaba su marcha. Pedí habitación en uno de los hoteles de la Place Royale, donde pasé un delicioso rato con la familia de mis tíos C..., mientras mi primita Pilar me pedía cuentos y me servía el té con una galantería de niña que me encantaba. Eran las once de la noche cuando me retiré á mi habitación, abrí una

de las ventanas y un viento impregnado de humedad, vino á azotar mi rostro. Había llovido, y densas nubes de color plomizo cruzaban rápidas el firmamento, en el que aparecía á intervalos el astro de la noche que brillaba con la pálida luz del plenilunio. La plaza estaba encharcada y desierta, solo algún farol de gas reflejaba en el suelo la luz, como en la superficie de un espejo de bronce y en medio de la plaza destacábase solitaria y monumental la estatua del primero de los Borbones (1).

Había pensado en acostarme, pero mis pupilas no sentían la pesadez del sueño y mi imaginación en cambio estaba hambrienta de recuerdos.

No pude resistir al deseo, me cubrí con el impermeable, bajé en silencio y me lancé á la calle. El viento había cesado, pero una lluvia menuda caía sin interrupción; durante largo tiempo, anduve caminando sobre las charcas de las calles, por fin me detuve. La luna filtrando sus rayos al través, las nubes envolvían en una opaca cla-

(1) Enrique IV, primer Rey de Francia de la casa de Borbón.

ridad una sombría mole que se alzaba severa ante mi vista: estaba al pie de las esbeltas torres del *Castillo de Enrique IV*. Ni un coche, ni un transeunte delataba en las calles el más leve rumor; la noche estaba desapacible, solo se oía el monotonó ruido de la lluvia y el periódico y acompasado sonido del campanario de *Saint Martin*, señalando las horas y los cuartos. Yo estaba poseído de un terror religioso, le ora el silencio, la luna que hacía más visibles las sombras, el foso abierto ante mis pies del que brotan la yedra añosa que viste las murallas y las parietarias que trepan hasta las cimeras de los enhiestos torreones, todo parecía adormecer mi imaginación y trasladarla á un mundo de recuerdos. Entonces avancé un paso y me apoyé en el hierro de la verja. Así permanecí largo rato, durante el que cruzaron por mi mente con la vaguedad de un sueño, las páginas sangrientas y gloriosas de la historia de aquel antiguo *castillo*. ¡Cuántas veces los ecos de la alegría habrían llenado los ámbitos de aquellas regias estancias, en los esponsales de sus Príncipes, y cuántas la voz de sus clarines habría cubierto de picas las alme-

nas y adarves de sus *torres!* Allí en aquellas rejas donde se oían un día las melancólicas endechas de un trovador, tal vez se habría escuchado en el siguiente los ayes de dolor del desgraciado, y allí escuchaba yo en aquella noche el lúgubre graznido del ave nocturna que anida en las saeteras de sus torres, y la voz del recuerdo que evocaba en mi alma como el relato misterioso de algún genio, la historia del *castillo de Enrique IV.*

III

Un Conde del Béarn, enamorado de las delicias de aquel valle, pensó en levantar un castillo y marcó el terreno con tres postes (1). Hasta entonces el ruido del mundo no había jamás interrumpido la soledad de aquellos bosques, donde sólo se oía el canto de las aves del cielo ó el rumor del torrente donde se abrevan los ciervos

(1) *Pieux*, en francés.—Palum en latín, de donde se deriva *Pau*.

y los gamos. Una mañana del otoño los pájaros huyeron en bandadas y la oropéndola abandonó los huevos en su nido. San Huberto nos proteja, y los cuernos y trompas y los ladridos de los perros y el escarceo de los caballos, hacían un coro ensordecedor á aquel canto de caza.

—¡Por San Huberto! Padre:—decía Guillermo el heredero de los condes— hoy habrá buena caza: mirad, uno, dos, tres, siete, ocho, trece. ¿Véis allá á lo lejos, en el fondo del bosque, la manada de ciervos? Sus astas ramosas semejan un pinar que se mueve.

—Sí, sí, San Huberto nos proteja, hijo mío—contestó el conde Gastón, mientras Guillermo aprestaba su venablo y oprimía nervioso los hijares de su caballo árabe, más veloz que el simoun que arrastra los arenales del desierto.

De pronto Guillermo abrió desmesuradamente sus grandes ojos, negros como la noche de los pinares, y dijo, señalando hacia la espesura:—«La cierva negra». Dios os guarde, padre.

Aplicó á sus labios el cuerno, dió la señal del halali, y tendiéndose sobre el cuello del

caballo, partió veloz como el cierzo del Pirineo. La Virgen te valga; Gran Dios, ¿será buena la caza?—decía el conde Gastón á su hijo, á todo el correr de su yegua pía, mientras se escuchaban en el bosque el galopar de los caballos, los aullidos de los perros y el canto de los cazadores que repetían:—¡San Huberto! ¡San Huberto! ¿Será buena la caza?

¡Corre! ¡Corre! Guillermo, el hijo de los condes, tuyo será el trofeo. Y Guillermo hundía los acicates en los hijares ensangrentados de su caballo, que galopaba veloz como el deseo, y las aves del bosque levantaban el vuelo temerosas, á su paso, como si fuera el aquilón.

—¡La Virgen nos valga! El conde, el conde—gritaron unos cuantos escuderos, que apenas pudieron detener los caballos en su carrera, mientras el padre de Guillermo, permanecía tendido debajo de su yegua pía, que reventó el cansancio.

—Señor, ¿estáis herido?—preguntaron, ayudando á levantarse al conde Gastón que, sin contestar á sus preguntas, montó el caballo de uno de ellos y se lanzó al galope.

—La Virgen guíe tus pasos, Guillermo

—decía, y las trompas contestaban con acentos melancólicos y notas agudas como ecos de agonía, y los caballos seguían galopando y los jinetes repetían con voz triste como un canto funeral:—¡San Huberto! ¡San Huberto! ¿Será buena la caza?

El conde corría y corría, siguiendo siempre la pista del caballo de su hijo; pero Guillermo estaba ya muy lejos y no podía acortar la distancia que le separaba de la cierva negra, que huía ante su caballo como aérea visión evocada por mágico conjuro, y tronchaba los arbustos á su paso y saltaba zanjás profundas y cruzaba arroyos y barrancos, pero la cierva seguía siempre á igual distancia, como si corriera impulsada por el viento de su caballo, que parecía un galgo corriendo á una liebre á los ojos del conde y los escuderos que seguían galopando allá lejos entre los árboles del bosque.

—¡La Virgen le proteja!—decía el conde pálido de temor al ver á Guillermo desaparecer en vertiginosa carrera entre las quiebras de los montes; y aun los escuderos repetían en fúnebre coro:—¡San Huberto! ¡San Huberto! ¿Será buena la caza?

Y Guillermo seguía acicateando á su caballo con la esperanza del trofeo y la ambición de la cierva negra; pero su caballo, de hirviente sangre, arrojando un humo denso por sus dilatadas narices, se había cubierto de blanca espuma, como esos montes que ocultan el fuego de sus entrañas humeando su aliento sulfuroso al través de la nieve de sus cumbres.

¡Corre! ¡Corre! ¡Herederó de los condes! Tuya será la gloria de la caza. ¿Quién sabe adónde te arrastrará el destino?

Y Guillermo hundió con fuerza sus acicates, y el caballo lanzó un relincho y partió á la carrera en un esfuerzo supremo, como si le acosara el miedo, perseguido por los chacales del desierto.

La cierva negra seguía corriendo delante del caballo.

—¡San Huberto! Dame la cierva y te ofrezco el trofeo de la caza—decía Guillermo, desfigurado por el sudor y la fatiga, y acertó la distancia que le separaba, y ya iba á lanzar el venablo cuando unos sauces cerraron el camino; la cierva saltó ligera y Guillermo, ciego por el deseo, saltó detrás, y casi al mismo tiempo se

oyeron el ruido de dos cuerpos que caen y se sumergen en las ondas, y un momento después solo interrumpian la soledad del campo el lejano galopar del Conde y los escuderos y el ruido siniestro del torrente.

En vano buscó el conde, recorriendo todas aquellas soledades. Las aguas, profundas y turbulentas como los pensamientos de un malvado, encerraban en su seno un secreto mortal. Y el conde se volvió á su castillo cuando ya la luna derramaba su luz pálida en los montes y en los pinares y en su alma los pensamientos tristes. Llevaba algo de esperanza en el corazón y muchas lágrimas en los ojos.

—Es posible—pensaba—Guillermo ha podido extraviarse y marchará delante de nosotros; ¿quién sabe adónde le arrastrará el destino?

Y las trompas dejaron oír sus acentos melancólicos como los ayes de un moribundo, y los cazadores aún cantaban en triste coro: ¡San Huberto! ¡San Huberto!
¿Será buena la caza?

.....
.....
Pocos días después, un pastor de cabras,

al abreviarlas en el torrente, encontraba sujeta entre unos sauces la capa verde de Guillermo. Todos los villanos lloraron su pérdida, pero al saber que había desaparecido en las profundas aguas del torrente persiguiendo á la cierva negra, el pueblo, que siempre ha sido supersticioso, imaginó mil cuentos y consejas extrañas, y hoy aún hay bearnesas que oyen en el murmullo de las aguas el llanto de Guillermo, y creen ver al través de las profundidades del torrente, los palacios del príncipe encantado. He aquí cómo explicaban este suceso maravilloso: La cierva negra era una princesa mora encantada en aquellos bosques, hasta que un caballero noble y valiente uniera á ella su suerte para bajar á buscar una sortija que encerraba la felicidad y se encontraba sepultada en el fondo de las aguas. Ella había logrado atraer á Guillermo en el bosque por misterioso hechizo, le había llevado con fuerza irresistible hacia el torrente, donde juntos se habian precipitado en lo profundo de sus aguas. Allí, después de haber encontrado la sortija, la cierva negra, convertida en una princesa hermosísima como no la soñaron nunca los Ely-

mas de la Arabia, había ofrecido á Guillermo el amor y la felicidad en un paraíso delicioso, donde juntos y encantados gozaban el placer y la ventura.

Sea de esta maravillosa historia lo que quiera, los Condes llenos de pesar por la pérdida de su hijo levantaron una tumba junto al torrente, donde venían á depositar como ofrenda sagrada, coronas de violetas y lágrimas de dolor. Las margaritas crecieron en el hueco de aquella tumba vacía, el césped y las flores campesinas alfombraron sus gradas de mármol, y las palomas del bosque venían todas las tardes á beber el agua del cielo que se recogía en el escudo condal grabado sobre el mármol de la losa, y entonaban arrullos lastimeros.

Más tarde los Condes inconsolables con la pérdida de su hijo quisieron construir un castillo en aquellos parajes y señalaron el sitio con tres postes, como dije al principio; y junto á aquel castillo solitario fueron después agrupándose las chozas de los siervos y los hogares de los deudos y feudatarios. La historia de aquel Condado está unida á la historia de Navarra de Aragón

y de Francia, cuna de Reyes (1) y asilo de *Príncipes destronados* (2); aquel viejo Castillo que visten la yedra y las parietarias aún se cierne como un nido de águilas sobre el torrente y sus sombríos torreones ya sólo sirven de nido solitario á las antiguas tradiciones.

IV

Eran las nueve de la mañana del 25 de Septiembre cuando llegué á Bayona. Durante el trayecto habia escrito una parte de las anteriores notas en tanto que la lluvia caía á torrentes; más tarde el sol brillaba esplendente como después de una tormenta, y yo disfrutaba viendo desde las ventanillas del wagón una campiña siempre verde en medio de una naturaleza eternamente hermosa. A los pueblecitos

(1) Enrique IV de Francia, y Bernadotte Rey de Suecia.

(2) Allí se refugiaron para llorar su suerte en el destierro: Ab-del-khader. Los últimos soberanos de Nápoles, Isabel II y Doña Margarita de Parma.

escondidos entre bosques de castaños sucedieron las *villas* ó casas de campo que buscan la sombra de sus parques; al arroyo que mueve en marcha perezosa la rueda del molino, el gran río con sus barcos y vapores, esa arteria que lleva la vida de la industria y el comercio al corazón de las ciudades, en ese continuado sistole y diástole de importación y exportación, que constituye la vida práctica de los pueblos; y á las frescas brisas de los campos la atmósfera del humo de carbón que es el aliento de la industria, y el ruido ensordecedor de las ciudades.

Bayona, la ciudad del lujo y de la moda ¿que queréis que diga de esta ciudad *cortesana del que la paga?* nacida junto á un beso de dos ríos parece un hada coquetona que atrae con sus encantos. Yo he visto su catedral gótica de aéreas proporciones, que la elevan hacia el cielo como el sueño de una virgen y he visitado sus murallas hendidas á balazos por los cañones españoles, y más allá Biarritz donde el mar se traga tantas miserias de hombres, y el lujo el vicio y el tapete verde, tantas fortunas de miserables.

Aquella tarde del 25 salíamos con dirección á España, cuyo suelo pisábamos pocas horas más tarde. El mar, que á intervalos se descubre, ofrecía á nuestra vista un espectáculo grandioso, desapareciendo luego para no volver á encontrarle sino en las playas meridionales.

Ya en España, á uno y otro lado del camino, se observa en cada monte, en cada altura que domina, un castillo, un fuerte, unas casamatas; y allá en el fondo del valle, un caserío incendiado ó algún monasterio derruido. Mi padre me explicaba con profunda pena aquellos mudos geroglíficos del dolor. Cada castillo, cada casamata era una página escrita con sangre en la historia de la pasada guerra civil. Mi padre había seguido paso á paso sus combates. Partidario de una noble y antigua causa, él mismo había sufrido con toda su familia la inelencuencia del destierro, pero los campos de batalla regados con la sangre de los soldados españoles, no produjeron más que lágrimas, y es que la sangre de hermanos esteriliza el suelo donde cae.

Dios no lo quiso, y mis padres y mis hermanos volvimos á pisar el suelo de la

patria, cuando con el último soldado que trasponía el Pirineo, desaparecía de las montañas la causa de las tradiciones españolas.

¡Salve! héroes anónimos que descansáis en el seno de esas trincheras que ayer servían de pedestal á vuestros triunfos. ¡Yo os saludo con lágrimas en los ojos al pasar en marcha vertiginosa por delante de vuestras tumbas!

Que hermosa es la naturaleza cuando se nos presenta con toda la grandeza de su desnudez salvaje. Aquella tarde pasaron ante mis ojos como las vistas de un panorama gigante, los valles y montañas de las provincias Vascas. Yo no sé lo que sentí, pero sentía mucho al respirar las auras de aquella naturaleza virgen, que parece ignorar el mundo que se abre al otro lado de sus montes. ¡Qué felices son los moradores de aquellos valles! Yo hubiera querido saltar del tren que me arrastraba, para ir á encerrarme en la choza más pobre y ser feliz como ellos. Bien es verdad que no sienten las impresiones fuertes de la vida,

ni han libado el licor que embriaga, de la gloria, ni han admirado la sublimidad del génio, pero en cambio duermen un sueño tranquilo, nunca turbado por la ambición ni acechado por la envidia, no han visto las maravillas de las grandes ciudades, ¿pero no es el valle donde nacieron la más grandiosa de las maravillas? los picachos de sus montañas que visten los helechos y brezales, y sus bosques de castaños, ¿no son notas armónicas de aquella melodía sublime de la naturaleza? Verdad es que ellos no han escuchado el eco de la fama ni el ruido del mundo que se agita, pero no escuchan el sonido monotonó de las esquilas de sus vacas y el rumor del río, que se desliza allá en el fondo de la cañada, y los cantares de las aldeanas, que tienden sobre el trébol de los prados sus ropas más blancas que la nieve, y el sonido de la campana que llama al rosario, mientras el cielo va tachonándose de estrellas, que parecen las rosas fosforescentes de otro rosario sublime, entonado por los ángeles allá muy lejos, detrás de ese fondo lejano de la inmensidad azul.

Qué felices son los habitantes de esos

valles, sus bosques, sus montañas, sus prados y sus ríos, todo parece una meditación llena de luz y poesía, un cántico grandioso de la naturaleza. Escuchad los ecos del mundo, ¿qué oís en ellos? placer, vanidad, mentira. ¿No habéis escuchado alguna vez el lenguaje de la naturaleza? ¿Qué murmuran en vuestro oído el viento que gime y os trae el eco de la campana y el río y los árboles y las flores? dicha, amor.

¿Qué dicen á vuestra alma el torrente que se despeña y la oscuridad de la noche en los pinares, y el ventisquero donde anidan las águilas sobre el abismo? poder, grandeza, Dios.

Dichosos vosotros los moradores de esos valles, que habéis nacido en la mansión ignorada de la paz y la ventura. Yo os envidio desde el mundo que me arrolla en su rápida corriente. ¿Por qué no seré yo como vosotros? ¡Dios mío qué felices son ellos!